

Ecce homo

Mario Ortiz Villanueva



Capítulo 1

Viejo amigo desconocido

No desistas, viejo amigo desconocido,
que en pos de tu ausencia,
no habré de poder llenar el vacío del hombre de las montañas;
pues, sólo en la soledad de tus palabras,
ha encontrado compañía su dolor.

Encuentra pronto alivio a tu desgracia,
viejo amigo desconocido,
te lo suplico;
de otro modo,
de los dos,
seré yo
quién más lamente tu falta.

Capítulo 2

Desangelados

Suburbial desesperanza, neblinoso suspiro de ángel abatido;
triste melodía,
canto resignado que emana
del insomne mirar de un perdido peregrino;
vagarosa golondrina de papel
que emprende su marchito vuelo
por designio ajeno,
resquebrajando las ruinas de su acartonado corazón
con las caricias alma;
narcótico trinar devoto,
aherrojado en el nombre de un recuerdo,
temeroso,
lánguido latido que canta
a fin de no olvidarse,
a fin de no perderse.

Mísero ángel,
la lengua del río rojo tiene razón;
sólo somos uno más.

Cuán lejos,
cuán cerca nos encontramos del dolor;
a un favor de la muerte,
a una soledad del olvido;
quizá, debemos aprender a sufrir.

Capítulo 3

Canta, Corazón

Adelante, corazón,
que no cese tu canto,
desgarra tu voz
si es necesario;
ordénatelo con la lástima de una súplica
que vela
por arrullar mi alma.

Canta, corazón,
sin importar que nuestra desgracia
ahogue
el furor
de tu consuelo.

Canta reminiscencias,
tristezas,
esperanzas,
mentiras,
querellas,
sollozos,
sueños.

Canta, corazón,
que Dios partió;
y, quizá,
no le volvamos a ver.

Capítulo 4

Eco de un milagro

Infausto creyente que dobla,
en el titilar de su mirar,
el llanto de su pena;
hora luctuosa en la que la vida padece,
postrero deseo lacerante de perenne recuerdo;
disoluto lamento
que se embriaga con lágrimas,
conmovedor retrato
de la adicción al sufrir.

Llevese la muerte, en su viacrucis,
de peregrino adolecido,
el cariño de Dios.

Capítulo 5

Soslayo

Impía desdicha de desdeñoso olvido
a la tenebrosa palabra arcana de Cristo;
feral fausto
que soslaya la tristeza del sacrificio;
vano esmero de lengua atrofiada,
aciaga voz
que sólo profiere sentimientos.

Quizá tengan razón;
Y...,
no vale pena alguna
hablar de ello.

Capítulo 6

Estigmatizados

Sombrío rezo huraño,
venia de clemencia con temor a ser escuchada,
subrepticio sollozo estridente
que quebranta el alma,
tristeza sin motivo aparente,
bello sueño inconcluso,
mohína despedida desesperanzada de un reencuentro.
fúnebre mirada ausente,
transido mendigo por el cariño
de un desengaño.

Sombrío rezo de nombre aciago,
doloso salmo
de fenecido soñador,
rescoldo de una virtud,
recuerdo postrero de pasionales defectos,
dolor fantasma,
clamor de cruz que extraña a su Cristo,
víctima de vano sacrificio.

Capítulo 7

Homo Sacer

Your lascivious pupils seduce
my anguished will,
and into the emerald heaven desolate for God,
that lies into the sin of your gaze,
the echo of my name get distort.

Messenger of real mercifulness
on your religious skin,
a Christ moaned with kisses,
tortured
by the memory
of his helpless prayers
that sang
for a pernicious faith;
and,
in the enigma of your caresses
the saddest son of paradise
conceives a new baptism with an apocryphal,
romance language.

Capítulo 8

Ecce homo

Bello ángel infernal,
que arropaste la tristeza de éste infelice,
en tu mirada
contemplé la compasión de un pecado;
y, sentí
que moría ahogado
en tu valle de penumbras;
adolecido, desesperanzado,
trémulo,
rendido a la sombra de mi condena,
invoqué tu presencia,
con el rezo de un suspiro
que ya nada desea,
que ya nada extraña,
que ya nada recuerda;
vertiginosas pupilas gélidas
redentoras de la voluntad,
en ti
sepulté mi alma,
y a tu honor
crucifiqué mi nombre.

Bello ángel infernal,
a merced de tu bondad,
lastré mis alas,
y descubrí lo que el corazón de Cristo callaba.

El cielo está de luto,
ha nacido un hombre
que cuenta sus días para morir.

Capítulo 9

Milagro

Dios hurraño me condenó
tras descubrir,
que a menudo,
profano sus mandamientos:
con castigo severo comienzo
a comprender el valor del juramento.

Prometí enmarcarte en un recuerdo;
mas,
cada tarde, deshonorro mi palabra, y pretendo
cruzarme con el consuelo de tus nocturnos misterios;
tu nombre nunca lo aprendí,
y creo jamás habré de pronunciarlo;
sospecho que así,
Dios me enseña el valor del milagro.

Capítulo 10

Chimera

How simple, clear, is writing
when one waits for nothing;
when all dream passed away;
when it's not possible inspire hope
nor let down;
how simple is writing someone,
when one waits for no response,
when one have no cause,
wish,
nor excuse;
how simple is crying with words
without clamouring for solace,
with gratifying no need;
how simple it's
give up the name
and abandon the gift
into the lips of promise;
how simple results writing you,
believing that you does not exist,
and,
if you do,
thinking that you lives
in that call the paradise,
where the will
does not roam
on the sadness of else's soul;
but dance on reluctant beat lascivious of heart.

I am sorry for pretending to deceive you;
telling you that you are in my dreams;
but, they are blue
like
the unsuccessful one's jazz.

Continue seducing us,
the blind for love devils;
the forgotten ones
that tasting the life
watching it pass;
the miserable ones
that wager their souls for a heart;
the unfortunate ones

that never learnt
how to earn the charity of a company.

Capítulo 11

Roto

Encontré, en el sermón de un fracaso,
aquello que por compasión;
y,
quizá,
cariño, decidiste esconder en tus pupilas:

Estoy roto,
necesito ayuda

Capítulo 12

Mandamiento

En el afligido canto de una lágrima,
encontré una palabra doliente
que plañía
por perder a Cristo,
que plañía
por no tenerlo consigo,
que plañía
por no cumplir con lo prometido.

En la baldía voz de un amor mal correspondido,
encontré la cenizas
de mi sombra,
las huellas
de unos ojos ciegos,
el relicario
de un Dios fenecido que rezaba por no ser olvidado.

Tiempo le di, de diezmo,
a un desamparado sueño
que aseguraba recobrar, pronto, su voluntad.

Un desahuciado milagro cantó su mandamiento:
decepcionarás
a quien te dio la vida.

Capítulo 13

Fracaso

Llegado el momento;
menester me será declarar
que, en toda mi ausencia, me doctoré en tristeza,
con objeto de estudio de escrudiñar el alma,
desevelando,
con desespero, su arcano lenguaje;
inspirado, por una mirada profesante
de un Dios muerto,
redentora de un desolado marinero
que no encontró mejor consuelo que en su soledad;
y, supóngome, no podré resistirme
en ufanar
mi fracaso;
protestando,
saber que Cristo no fue Dios sino humano;
y, que el único pecado de su infelice hermano
fue soñar.

No pondré objeción alguna
de cara a la levedad de mi empresa;
mas, si por sorpresa,
algunos pocos curiosos
pregúntanme si presento interés en el corazón;
lloraré,
guardando, en silencio, la pena
de quien recuerda
algo que perdió.

Capítulo 14

Contusión

Fútil ausencia de redentor;
tristeza marinera que canta en silencio,
nocturna golondrina tenebrosa
que se postra
en los huertos del baldío corazón.

Desilusión soterrada en la bondad de un sacrificio,
llanto ausente
que ahoga a las almas penitentes.

Perniciosa alegría triste
que desea la muerte
a cambio del dolor.

Deshojado estigma
que susurra
el recuerdo luctuoso de una promesa
que juró,
con inocencia,
que nada cambiaría.

Capítulo 15

Deceso nocturno

Sempiterno deceso nocturno,
tenebroso canto desesperanzador de Cristo destrozado
que niega el amor de su padre
con las lágrimas de una duda.

Muero, en silencio, al umbral de mis sueños,
por ver perdidos mis dedos;
y ser un Cristo más en la cruz,
deudor de milagros,
digno de compasión.

Capítulo 16

Lírico

Pérfido corazón de amor ufano,
fatuoso artesano de burda pasión,
medroso siervo de carecida virtud,
falaz profeta del sacrificio,
ruin detractor de Dios,
fámulo abyecto de ininteligible designio,
gemebundo misionero de una palabra sin porvenir,
inexcusable mártir
que crucifica el alma
con suspiros.

Capítulo 17

Emigrante

Desgraciado peregrino, esclavo inocuo del fatídico hado,
hálito fúnebre de Dios;
insospechado mártir condenado al suicidio
a cambio de una esperanza,
inclemente trueque funesto
sellado con las lágrimas de un sueño;
infausta golondrina ausente de lengua,
desvalida por los escombros de su voluntad,
impoluto criminal
religioso de su propia fe;
perenne viandante forastero,
fantasma vagaroso
que deambula en los umbrosos ojos de la muerte
aún en búsqueda de su paraíso;
recuerdo de una falta, abandonado por compasión;
heraldo aherrojado en los versos de Cristo,
epitafios de una inefable pasión.

Doblan las campanas su llanto
en las tinieblas de un silencio inhóspito;
palabra de pena mundana
que el cielo no comprende;
deceso de mendigo de cariño
que el mundo
ignora.

Capítulo 18

Luna roja

Ciudad doliente, presa inadvertida del silencio;
melodía de trasnochado céfiro
que seduce al espíritu
a cometer el magno acto de amor,
sombras familiares que susurran funestos consejos,
luz endeble de plegaria mal correspondida
que titila
ante los presagios de los suspiros,
delirio que la mirada acecha,
voluntad oxidada
que implora redención;
afable voz tenebrosa que profiere consuelos,
extensa senda neblinosa,
pacto sin retorno del misterio,
camino a la Luna roja.

Capítulo 19

Carpe Diem

Admiro, desconsolado, la sonrisa afable de tu ausencia,
célico atavío de mi penar;
y, en la bondad de tu silencio, contemplo
mi triste sombra,
estigma mundano de una desgracia.

Profesé el evangelio indicado para tu partida,
un padre nuestro fecundo de dudas,
un credo ciego de fe,
una contrición carente de lamento;
un ruego por nosotros
que solo toma cuidado de ti.

Capítulo 20

Tormento

Pena de no saber ser quien se es,
lamento de pretender saberlo,
castigo de no querer ser quien se sabe.

Capítulo 21

Costumbre hiriente

Conservo la infortuna costumbre hiriente
de sólo recordarte,
cuando me percibo desdichado;
y, por memoria, aún te suplico no me socorras,
escondiendo mi tristeza tras un consejo;
mas,
tarde y mal comprendo el aprecio que me tenías,
y que yo sólo resarcía
con palabras de sufrimiento;
supongo, tu afable sonrisa el cielo me mostró,
y yo,
esclavo de un milagro, no aprendí a ganarlo;
o, quizá,
ciego de otoños, ebrio de fracasos,
leí mal tu nombre;
pudiere ser, que tu compañía aguardara por una palabra
que jamás proferí;
o, antes bien, decidiste marcharte
para no sentir
mayor dolor.

Conservo la infortuna costumbre hiriente
de sólo recordarte,
cuando me percibo desdichado;
sin embargo,
quizá, mayor ofensa sea
decirte
que lo hago a diario.

Capítulo 22

Llanto tardío

Ofrezcote este llanto
como una disculpa sincera
por no hacerlo ayer;
mas,
decidime guardar la pena
para el momento en que le pudiera
embellecer.

Sin embargo,
bien contemplo ahora,
que lo hubiere hecho enantes,
cuando mi tristeza no era poca
ni grande mi padecer.

Capítulo 23

Recepción

Te niego la pena de contemplar mis ojos ciegos,
mujer fría;
me niegas el delirio de desvelar la tristeza
que Cristo sembró en tu mirada,
mujer que otea, entre neblinas,
las sombras deambulantes de las querellas
que pueblan
la otra cara del muro;
me brindas
la elegía del rezo que mi esperanza abandonó;
te procuro
un lugar cercano al cielo,
un subrepticio consuelo
que siempre habrás de ignorar.

Te niego
en el sombrío coro de una apología desilusionada;
me niegas
profiriendo una palabra
cuya calidez
no está destinada
para mí.

Capítulo 24

Mito

Lengua abrasadora de dragón de neón,
cuéntame, en los tragos amargos de tus penumbrosas lágrimas,
la historia
de la marina ciudad romántica
que se vio hundida
en las neblinas
de su anhelado porvenir;
la ciudad siempre azul
donde el viento acostumbra plañir,
donde no se muera a costa de las pasiones,
sino por desengaños;
permíteme beber
de tu penar,
dragón de papel marchito,
que en sueños quiero verme vagando
por los trasnochados dédalos
de ese rincón del mundo
que vio nacer al mar
en los pétalos muertos de su llanto,
que deseo verme enamorado
por los consuelos de la muerte lunar;
guíame, dragón ceniciento,
a lograr puerto
en esa desdorada pecera de tinta
donde las almas ausentes
se disuelven
en una misma soledad.

Capítulo 25

Comulgante

Mirada de mohínas esperanzas,
inadvertida confesora subrepticia de su tristeza,
infausta redentora trasnochada por el cuidado de sus despojos,
bondad trastocada por los besos
de los heraldos negros,
insomne alma desolada
que,
entre lágrimas,
comulga
los lamentos de Dios.

Capítulo 26

Hasta pronto, Viejo amigo desconocido

Mártir de tu vida, guardaste siempre el voto del silencio;
víctima de los cielos,
desertaste de las cumbres,
resignándote a los mundanos consuelos;
esclavo de tu persona,
saldaste la penitencia de tu conturbada voluntad;
creyente de tu talento,
rezabas a la suerte;
vago de ti,
amigaste con la soledad,
bebiendo las tinieblas de un cruel milagro;
cansado de vivir,
decidiste padecer.

Lloro por ti, ahora;
y, entre sollozos,
me pregunto si sirve de algo.

Capítulo 27

Nacida de un sueño

Mísera alma errabunda,
involuntario orador de su penuria,
voz aherrojada en el eco de una palabra,
longevo letargo sombrío,
nocturno plañir de neblina,
pulso tenebroso de corazón ausente;
trastorno indolente,
lúgubre remembranza melódica de una pérdida;
epístola carmesí,
póstuma confesión doliente de una esperanza;
inocuo vagaroso onírico,
impía hesitación proferida en el clamor
a una muerte,
célica clemencia prometida al mártir desistido
que desvela
la tristeza
de su aciaga presencia.

Se compadece,
al altar de tu recuerdo,
mi rosario de hálitos;
y mi alma, que nació para añorar,
te ofrenda
un litúrgico soliloquio culposo,
por saber
que naciste de un sueño.

Capítulo 28

Tragedia

Esclavo durmiente del destino,
espectral manifestación del alma
que clama
en la sombría profecía
de un corazón arrobado;
esclavo moribundo de la piedad,
mártir de lengua roja
condenado a una muerte asolada,
vano llanto luctuoso de transida voluntad;
inexorable designio tenebroso,
célico cantar elegiaco,
alba de funérea apología,
lamento por una culpa jamás cometida.

A las ruinas
de mi sombra,
una golondrina desperdició sus lágrimas,
mientras rezaba
a la memoria de mi dicha;
entre palabras vanas
intento, ahora,
soterrar
mi desgracia;
nafragó, en mi esperanza, un Cristo resignado;
Y,
sin embargo,
poco comprendo por qué me pesa
su pronta ausencia.

Capítulo 29

Petición

Renuncié al amor,
a la compasión,
a la lástima, a la tristeza, a las esperanzas,
al dolor,
a la muerte, al recuerdo, a las virtudes,
a los defectos, a los esmeros,
a los intentos, a los logros, a los fracasos,
a los deseos,
a los consuelos,
a las aspiraciones, a los labios,
a las miradas,
a los suspiros, a las lágrimas,
a la suerte, la fortuna, y los rezos,
a la voluntad, la piedad, y la soledad,
a la de castaños ojos tristes,
a la del corazón cinco estrellas,
a la magdalena de lengua gélida,
a la de los buenos días,
a mí,
a lo que nunca fui,
a lo que creí serlo;
mas,
no me pidas,
por favor,
renunciar a mis miserable versos.

Capítulo 30

Bello ángel mohíno

Bello ángel mohíno,
asolado,
sombrió,
que en júbilo fúnebre tañe las endebles cuerdas
de mi ceniciento corazón;
y, que sólo en voz ajena,
entona
el triste padecer
por los desatinos de su fe,
despojos que aún plañen en un mar
de cielo negado,
días perdidos que el mirar, ausente de sí,
aún procura en sus desvelos.

Funesto ángel abatido,
ignoto compositor de nocturno solaz,
virtuoso cantor luctuoso;
desafortunado vasallo celestial,
cautivo
a la compañía de un alma infelice,
precita;
te suplico
no me abandones.

Capítulo 31

Lamento de ruiseñor

Lamento de ruiseñor lacio
por decepcionar
a la humildad
que pretendió escuchar el milagro
de su canto azul;
disculpa subrepticia de alma aherrojada
en la dicha de un recuerdo,
interprete afligido
que soterra,
en su silencio,
el feral concento
del ángel exterminador;
sempiterna melodía tenebrosa
que se entona
en la fosa de un llanto sacrificado
por un olvido;
célico mirar desistido de esperanzas,
onírico trovador trasnochado por las albas,
triste tararear diurno
que clama
su culpa
por no ser digno de amor:
cuánto pesa la ausencia
de quienes se marcharon.

Capítulo 32

Hecatombe

Desahuciados,
abatidos al umbroso solaz de un infortunio,
en espera de un fulgor carmesí,
lóbrega esperanza artificial;
mártires de un desacierto litúrgico,
hirientes vástagos profesantes
de una virtud
sin porvenir;
ignotos rostros que socavan el alma,
en la sombra de las lágrimas que les fueron negadas
contemplé la cruel palabra
que destroza el amanecer.

Capítulo 33

Pluvial

Pavorosa duda que entenebrece los días,
nocturnos murmullos de una frívola
plegaria,
opaco astro rendido
solo para recibir lástima,
desvalido Cristo refugiado en la tiniebla
de una ruina
donde predica
su sufrir;
viento misionero de una pena celestial,
lagrimal crisantemo
que florece en el presagio funesto
de un amor;
anomia de comulgante adolecido,
onírico eco doliente de su fe.

Inconcluso sueño mohíno,
umbrosa herida oradora
de un ignoto padecer.

Capítulo 34

Esperanza

Si tan solo,
transiletar pudiera
todo lo que tu mirar canta;
quizá,
tu corazón ganara,
y no continuaría sufriendo
en este infierno
ausente de ti.

Si tan sólo,
el Cristo ciego que en mi alma habita,
feneciera pronto,
triste no sería su recuerdo
ni fútil mi plañir.

Quizá,
si Dios no me hubiese amado tanto,
grata encontraría la cálida compañía
que me procura;
y no sería ello una hiriente culpa
de percibirme indigno
de su caridad;
tendría derecho humano
de ser lastimado,
y morir en soledad.

Capítulo 35

Sin nombre

Cargo en mí,
la piedad lóbrega
que atiende
el llanto de tu dolor que ignoras;
triste mirada hechicera
que me esclaviza a tu memoria,
condena de añoranzas,
amor frustrado
por las caricias de una dicha ajena;
compadezco, en el trinar ignoto
de las aves ciegas,
la desgracia que te aprisiona,
mujer acogedora de soledades;
y, lloro,
en presencia
del Sol fenecido,
al sentir que ni en tu silencio confidente
eres libre de ti.

En mis sueños lunares
se evoca tu sombra
transida
por las lágrimas luminosas
de los días.

Lamento que hoy
seas tú.

Capítulo 36

El hombre que vendió el mundo

Reflejo titilante
del umbroso lóbrego rezo astral,
distorsionado cantar célico
que entenebrece el alma,
lágrima cenicienta,
vestigio sombrío de súplica desistida,
evangelista perturbado
por el llanto
de los ángeles descendidos;
aciago relato áureo
de un milagro furtivo,
profesante fulgor fatídico,
funérea disculpa lasciva,
virtud doliente del designio,
huraña peripecia de onírico insomne,
clamor asolado de lamento nocturno,
precita venia contrita
al umbral
de los contusivos labios de Dios.

Imploro,
al hombre que vendió el mundo,
porque tenga razón:
y..., mi alma adolecida
sirva de compañía
al desamparado hermano
que yace
al otro lado
de este sepulcral silencio.

Capítulo 37

Pista de dos latidos

Errabundo mendigo en el susurro
de una palabra diurna,
mattina disculpa que atiza la herida
por un sueño inconcluso;
inefable candor de orador ignoto,
engaño piadoso,
pecado inadvertido merecedor de paraíso;
funérea ofrenda a los inválidos miserables,
mohína dicha escondida
en la voz
de una oración
que confía
tener escucha.

Errabundo mendigo en el susurro
de un canto albo,
vívido recuerdo cíclico,
pista de breve rezo inconcluso;
soterrando
el resto del funesto misterio
en la tristeza
de un amado mirar inocuo.

Capítulo 38

Flor de Otoño

Gozaba ufana la muerte
el usual eco doliente
de su mundano laurel,
rezos de un devoto diario
de los siniestros milagros
de una virgen de misterios
coronada; mas, llegada
de su próxima velada
la hora, la señora de los
últimos amores, vio,
conmovida, aquel candor
que ornaba a una dama leda
de su estrada; y, obnubilada,
a tal humana esperanza
ofreció asilo y cariño.

Afligida por desdén
perenne de su mujer
estimada, cierta noche
otoñal, marchose,
sembrando en su andar

los luceros
de su tristeza
por esa cálida tierra
que vio nacer
a tan afable alma;
deseando
jamás fuese despreciado
el amor de los muertos.

Capítulo 39

Ausente

Dejé de escribir a diario;

Y...

sin embargo,

de cinco a siete,

aún mi alma acostumbra a entristecerse.

Capítulo 40

Amor

Célico concento tétrico,
pena labrada en la palabra
de una lengua arcana,
contusivo eco de reminiscencia
escrito
en el sollozo de otra voz;
rosa de tinta que florece
en un mirar triste;
pista de promesa rota
compuesta
en otro corazón.

Capítulo 41

Confesión

Sombrío astro de mirar aciago,
bello heraldo de amores postreros;
mi triste talento
lo robé
de los rezos
de un Cristo desolado de cielo;
inhumano pecado de quien
promete un paraíso
por consuelo.

Albos luceros cautivadores
de mis quebrantos,
por el calor de tus labios
a Dios ofrecí
las apologías de mi soledad,
sinceras condolencias
por la pérdida
de un hijo más,
lamentaciones por evangelizar sueños.

Afable efigie de amor partido,
perdonadme;
si a la sombra de tu nombre,
decidí
enterrar el mío.

Capítulo 42

Pésame

Empeñé mi inservible corazón de cuerda
al refugio de los afligidos,
y aposté mi fe a un Dios adicto de sacrificios
a que vuestro cariño ganaría,
y osarías vivir una vida a mi lado;
mas, pronto vi perdido todo,
ni siquiera el pecado es lo mismo,
sabiendo que existe un paraíso.

Ahora veo
que aquél rezo viejo
tenía razón:
Pésame, Dios mío,
y me arrepiento de todo corazón...,
por el cielo que perdí
y el infierno que merecí.